

Antropoceno

La política
en la era humana

Manuel Arias Maldonado

taurus


Antropoceno

La política
en la era humana

Manuel Arias Maldonado

taurus
T

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Pronto haría demasiado calor.

J. G. BALLARD, *El mundo sumergido*

Hay poderes en acción más grandes que nosotros
Ven aquí y siéntate y reza una breve oración
Una oración al aire, al aire que respiramos
Y a la asombrosa llegada del Antroceno.

NICK CAVE & THE BAD SEEDS, *Anthrocene*

El aire acondicionado es el destino.

PETER SLOTERDIJK, *Esferas II*

PREFACIO

Uno de los reproches que con más frecuencia se dirigen contra el mundo académico es que vive encerrado en sí mismo y no comunica sus hallazgos o reflexiones con suficiente claridad. Seguramente sea el caso, aunque quizá el interés del público por esos hallazgos no sea tampoco demasiado grande. Sea como fuere, la relativa separación entre universidad y sociedad constituye un presupuesto de la actividad académica: solo puede estudiarse aquello de lo que uno se distancia. De ahí que el subsistema académico posea una lógica autónoma y termine por desarrollar sus propios códigos, a menudo ajenos a los que rigen en el debate público. Todo esto viene aquí a cuento porque el libro que el lector tiene en sus manos se relaciona, de dos maneras distintas, con esa problemática realidad.

Primero, el libro es el último fruto de una tarea investigadora —la mía— que ha venido ocupándose de la teoría política del medio ambiente y las relaciones sionaturales desde hace ya casi veinte años. Esto quiere decir que la mayor parte de mis artículos académicos y buena parte de mis monografías especializadas han girado en torno a este fascinante asunto, si bien casi toda esta producción ha aparecido en lengua inglesa. Así, este libro representa, un esfuerzo por hablar en castellano sobre la relación entre sociedad y naturaleza. En este caso, explorando un concepto de largo alcance sobre cuya realidad biofísica se trata cada vez más en los periódicos: el Antropoceno, una época geológica caracterizada por la transformación humana de los sistemas planetarios, en la que el cambio climático sería la principal manifestación.

Segundo, he tratado de escribir un libro accesible para el lector interesado, sin renunciar por ello a la riqueza conceptual y al esmero argumentativo. Tampoco a las referencias bibliográficas: escribimos porque otros han escrito y dejar constancia de ello me parece un acto de justicia. Sobre todo en una materia forzosamente interdisciplinar que exige incursiones en terrenos desacostumbrados para el científico social. De hecho, parte de la tarea de profesores y ensayistas consiste en traducir esa literatura a términos inteligibles para el ciudadano; pero también en reprocesar los hallazgos de las ciencias naturales con el fin de hacer posible el debate público acerca de sus significados e implicaciones. Dicho esto, las notas son exclusivamente bibliográficas y figuran al final del texto, a fin de facilitar una lectura sin interrupciones.

Por lo demás, si bien recibí las primeras noticias del Antropoceno durante mi estancia en el Rachel Carson Center de Múnich en el año 2011, he terminado de completarlas en la primavera de 2017 en el Department of Environmental Studies and Animal Studies de la Universidad de Nueva York. Allí pude acceder a la última bibliografía sobre el tema y empezar a redactar un libro concluido durante un verano menos caluroso de lo esperado. Quede constancia aquí de mi agradecimiento a los colegas que en ambas instituciones contribuyeron, con su hospitalidad y su conocimiento, a su gestación de este trabajo. También al profesor Ángel Valencia, pionero de la teoría política medioambiental en nuestro país, con quien comparto objeto de estudio en la Universidad de Málaga, así como a los colegas internacionales que comparten estas inquietudes y se prestan a discutirlos en los congresos académicos. A mi editor, Miguel Aguilar, le agradezco que confiase en mí y apostara por un tema no exento de riesgo; a Elena Martínez Bavière y a sus colegas en Taurus, su impecable profesionalidad.

Málaga, 4 de septiembre de 2017

INTRODUCCIÓN

LA ERA HUMANA Y SUS PELIGROS

Pocos accidentes han sido más fértiles en el plano simbólico que la explosión del reactor número 4 de la planta nuclear de Chernóbil, que tuvo lugar el 26 de abril de 1986 en la Ucrania soviética. En su momento, la catástrofe fue interpretada como un síntoma del declive de la URSS frente a la pujanza de las sociedades occidentales. Pronto, sin embargo, se convirtió también en una advertencia sobre los riesgos que, para la especie humana, comportan sus propias creaciones tecnológicas. Desde ese punto de vista, la central nuclear soviética representa un renglón torcido en la ambigua historia de la modernidad: una advertencia sobre nuestra eterna condición prometeica. ¡Prohibido coger la manzana! Sin embargo, cuando parecía que su significado estaba ya cerrado, se descubrió que algo nuevo había sucedido en Chernóbil durante los últimos treinta años; algo que ponía inesperadamente en relación ese lugar emblemático con el último episodio de la larga trayectoria humana: la llegada del Antropoceno.

Es sabido que, a causa de la contaminación radiactiva provocada por el accidente, 116.000 personas hubieron de abandonar sus hogares, creándose una amplia zona de exclusión liberada de toda presencia humana: 4.200 kilómetros cuadrados situados en la frontera entre Bielorrusia y Ucrania. Desde hace treinta años, ese vasto territorio ha estado en manos de la naturaleza, si es que aún podemos llamarla así. Y el resultado, según las últimas investigaciones, parece sorprendente. La zona, contra todo pronóstico, se ha convertido en una vibrante reserva de vida animal. Lobos, ciervos, zorros, renos, mapaches, ardillas, mofetas...: la

población de todos ellos ha aumentado, pese a la radiación, por encima de los niveles previos al accidente.[1] Esto no supone que la radiactividad sea buena para la vida salvaje, como podríamos pensar, sino más bien que los efectos de la presencia humana —lo que incluye la caza, la agricultura y la actividad forestal— son mucho peores. Entre otras cosas, Chernóbil constituye la melancólica demostración de que el planeta, después de haber sido transformado en profundidad por el ser humano, seguirá, pese a todo, adelante sin nosotros.

Sin embargo, las resonancias simbólicas no terminan ahí. El Antropoceno designa una nueva época geológica cuyo rasgo central es el protagonismo de la humanidad, convertida ahora en agente de cambio medioambiental a escala planetaria. De ahí su denominación, de origen griego: la Edad Humana (de *anthropos*, «hombre», y *kainos*, «nuevo»). Pues bien, al tratarse de un término geológico, las huellas de los ensayos nucleares de los años cincuenta del siglo pasado han sido propuestas como marcadores estratigráficos en el registro fósil de la tierra: el signo futuro de la potencia disruptiva de la especie. Siendo Chernóbil un hito negativo de la historia nuclear, la tentación de una visión pesimista parece grande: el Antropoceno formaría parte de una «supermodernidad» caracterizada, además de por la producción y el consumo a gran escala, por su capacidad destructiva.[2] Está claro que esa misma supermodernidad ha conocido la disminución de la pobreza, el aumento de la esperanza de vida y la mejora material generalizada de las sociedades humanas. ¿Qué pensar? He aquí la enésima prueba de que el proyecto moderno rara vez admite juicios tajantes: la ambivalencia es su bandera. Y con ella, queramos o no, hemos de manejarlos.

Ahora bien, ¿a qué se reduce la modernidad, un periodo que comprende, aproximadamente, tres siglos de nuestra historia, dentro del marco de la transición que conduce del Holoceno al Antropoceno? ¿Y qué decir de toda la historia de la humanidad, y hasta de la historia de la vida evolutiva, al lado de la temporalidad cósmica propia de un sistema

terrestre cuya desestabilización empezamos a presenciar? Si el planeta comienza a dejar atrás las condiciones ambientales que hicieron posible el nacimiento de la civilización humana, ¿no se diluye el protagonismo de nuestra especie en cuanto el tiempo profundo del planeta se hace presente? ¿Y no existe entonces, en la designación de la nueva época, una involuntaria ironía consistente en que se nos entrega el bastón de mando del planeta cuando este ya no se deja dirigir? ¿Se trata acaso de un dramático desajuste entre las condiciones *objetivas* de la vida humana y su percepción *subjetiva*? Si así fuera, ¿puede el advenimiento del Antropoceno modificar el tenor de una conversación pública demasiado humana que apenas mira más allá del próximo ciclo electoral? ¿O seguiremos nuestro rumbo despreocupados hasta estrellarnos como el *Titanic*, ese otro gran símbolo de la modernidad occidental? A decir verdad, nada está escrito, y ni siquiera puede descartarse un desenlace positivo que conduzca a la especie humana a una fase ulterior de su evolución, en el interior de un planeta transformado, pero no —o al menos no todavía— poshumano. Para que esto sea posible, debemos tomarnos el Antropoceno en serio. Y eso es, justamente, lo que este libro pretende.

NOTICIA DE UN CONCEPTO COLOSAL

En febrero del año 2000, durante un congreso internacional celebrado en Cuernavaca, México, un puñado de científicos discutían acerca de la intensidad del impacto humano sobre el planeta. Paul Crutzen, químico galardonado con el Premio Nobel por sus trabajos sobre la capa de ozono, se puso de pie y exclamó: «¡No! Ya no vivimos en el Holoceno, sino en el... ¡Antropoceno!». Se acuñaba de este modo un nuevo término y, probablemente, nacía una nueva era geológica. O, al menos, así reza la anécdota. *Print the legend*. Su espontáneo hallazgo exigía un rápido desarrollo, por lo

que Crutzen publicó ese mismo año, junto con el biólogo estadounidense Eugene Stoermer (que venía empleando el término desde los inicios de los ochenta del siglo XX), un artículo que planteaba de manera formal la hipótesis del Antropoceno, ampliada por el propio Crutzen en solitario en la revista *Nature* dos años más tarde y sucesivamente refinada por un conjunto de científicos e historiadores que han tratado de conformar desde entonces una versión «oficial» de aquella.^[3] Su tenor puede resumirse con sencillez: la Tierra estaría abandonando el Holoceno, cuyas condiciones climáticas relativamente estables han sido propicias para la especie humana, y adentrándose de un modo gradual en un Antropoceno de rasgos aún imprevisibles. La causa más relevante de dicho desplazamiento sería la influencia de la actividad humana sobre los sistemas terrestres, lo que habría provocado el acoplamiento irreversible de los sistemas sociales y naturales. Aunque el cambio climático es la manifestación más llamativa de esta transformación, está lejos de ser la única: en la lista también figuran la disminución de la naturaleza virgen, la urbanización, la agricultura industrial, la infraestructura del transporte, las actividades mineras, la pérdida de biodiversidad, la modificación genética de organismos, los avances tecnológicos, la acidificación de los océanos o la creciente hibridación socionatural. Se trata de un cambio cuantitativo de tal envergadura que ha pasado a ser cualitativo. De esta manera, la humanidad se ha convertido en una fuerza geológica global. Desde su presentación en sociedad, la propuesta ha ganado tracción muy rápidamente y ha generado un intenso debate que trasciende las propias ciencias naturales. *Nature* pidió el reconocimiento científico y público del Antropoceno en un editorial en 2011, y la prensa generalista ha incorporado el término de forma paulatina después de que *The Economist* le diera una sonora bienvenida en su portada del 26 de mayo de ese mismo año. También se le han dedicado exposiciones, como la del Deutsches Museum de Múnich o la del Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Y, aunque su im-

pacto en la cultura popular parezca todavía limitado, el género de la *cli-fi* (o ficción climática) ha empezado a incorporarlo: ahí está el ciclo de las novelas que Kim Stanley Robinson dedica a la colonización humana de Marte o la desoladora fábula que compone Cormac McCarthy en *La carretera*; aunque no está de más señalar que la distopía climática fue inaugurada en 1964 por J. G. Ballard con *La sequía*. Es pronto para aventurar si el término «Antropoceno» cautivará o no a la imaginación pública, pero su gradual implantación sugiere que compartirá protagonismo en el debate público sobre el futuro de la especie con el cambio climático.

De hecho, resulta llamativo que esta rápida difusión se produzca antes de que el concepto haya obtenido un reconocimiento oficial. El Anthropocene Working Group, formado por treinta y cinco científicos dedicados a promover el reconocimiento de la nueva época, votó en 2016 solicitar su formalización a la Comisión Internacional de Estratigrafía. Será este organismo quien decida al respecto, tras oír las recomendaciones de la Subcomisión de Estratigrafía Cuaternaria, compuesta por especialistas en el periodo del mismo nombre. Así pues, no sabremos hasta dentro de varios años si al Pleistoceno y al Holoceno les sucederá el Antropoceno, dado el rigor de las pruebas que habrán de presentarse para justificar tan inusual petición: al tiempo geológico no se le puede meter prisa.

Sin embargo, ni siquiera un eventual rechazo de la propuesta representaría el repentino fin del Antropoceno. La hipótesis no solo cuenta con avales científicos suficientes para ser tomada en serio, sino que apunta hacia una realidad que trasciende las propias fronteras de la geología. Tal como apunta el paleoecólogo Valentí Rull, no es necesario definir formalmente el Antropoceno como una época geológica para aceptar que la actividad humana ha cambiado los procesos del sistema terrestre de manera significativa durante los últimos siglos;^[4] tampoco para reflexionar sobre las implicaciones morales y políticas de esa profunda alteración. En ese sentido, el éxito del concepto demuestra su oportunidad: se diría que lo estábamos esperando. El

Antropoceno ha proporcionado así aval científico a una intuición compartida acerca del estado de las relaciones sionaturales y ha servido como marco general para su discusión. Incluso si los geólogos rechazan la noción o esta no logra atraer el interés del público de masas, la realidad que describe no va a desaparecer. ¡Ya vivimos en el Antropoceno!

En puridad, el término denota tres significados diferentes, aunque complementarios. Por un lado, es un periodo de tiempo, un tracto histórico que, para un número creciente de científicos, debe ser reconocido como una nueva época geológica en razón de las novedades planetarias que incorpora. Por otro, constituye un momento preciso en la historia natural, además de un estado particular de las relaciones entre la humanidad y el mundo no humano: la transición del Holoceno al Antropoceno. Finalmente, puede utilizarse como una herramienta epistémica, esto es, como un nuevo marco para la comprensión de los fenómenos naturales y sociales que exige dejar de estudiar estos últimos de forma separada. El Antropoceno nos recuerda que naturaleza y sociedad se encuentran profundamente relacionadas.

Y, además, nos muestra que esa entidad que denominamos «naturaleza» es una realidad dinámica y cambiante con la que mantenemos una interacción cada vez más compleja. No resulta casual que, como afirmase célebremente Raymond Williams, la palabra sea una de las más difíciles del lenguaje.^[5] En su evolución semántica, el concepto ha incluido las distintas dimensiones de la vida humana y ha señalado los límites del conocimiento científico, así como su potencialidad transformadora: la historia humana podría verse como la historia de nuestras relaciones con la naturaleza.^[6] No podemos entendernos a nosotros mismos sin recurrir a ella.

En los últimos dos siglos y medio, desde el advenimiento del industrialismo, nuestro conocimiento del mundo natural ha aumentado tanto como nuestro impacto material sobre él. El resultado se traduce en que hemos transformado la

naturaleza, al tiempo que descubriríamos su influencia sobre nosotros: de Darwin a la doble hélice del ADN. Este largo proceso de imbricación sicionatural llega a su paroxismo con el Antropoceno, que confirma la coevolución de la naturaleza y la sociedad y deja al descubierto la densa red de conexiones existentes entre una y otra. Huelga decir que esta penetración humana en el mundo natural ha provocado un conjunto de problemas medioambientales —del cambio climático a la pérdida de biodiversidad— que han de situarse en el centro del debate público.

Por su parte, el Antropoceno también cuestiona el hecho de que podamos seguir hablando de problemas medioambientales a la manera clásica. El historiador Dipesh Chakrabarty ha enfatizado que en la transición al Antropoceno convergen tres historias distintas que hasta ahora permanecían separadas: la historia del sistema terrestre, la historia de la vida (sin olvidar la evolución del ser humano) y la más reciente historia de la civilización industrial. Si la desestabilización de los sistemas planetarios es aguda, incluidos un aumento excesivo de la temperatura global y sus posteriores efectos ecológicos, podemos olvidarnos de la búsqueda individual de eso que los filósofos llaman la «buena vida»: la naturaleza no humanizada acabaría con la vida humana. Este tipo de sublime *finale* es mostrado en *Melancolía*, la película de Lars von Trier donde otro planeta choca con la Tierra por razones de orden astronómico que seguidas pierden importancia. Podemos leer esa intrusión espacial como un desdoblamiento metafórico de la Tierra, que se bastará a sí misma si todo sale mal para devolver a la especie humana a la nada de la que surgió. No debe extrañarnos, por tanto, que el Antropoceno incorpore sin esfuerzo un punto de vista apocalíptico.

Y es que nada garantiza que la adaptación agresiva protagonizada por la especie humana no termine siendo una desadaptación de fatales consecuencias. En palabras del historiador medioambiental John McNeill, hemos convertido la Tierra en un gigantesco laboratorio, sin que podamos anticipar el resultado de un experimento todavía en mar-

cha.^[7] ¿Hemos de continuarlo, detenerlo, acelerarlo? Salta a la vista que el Antropoceno constituye una hipótesis científica con una fuerte carga moral: el reconocimiento de que los seres humanos han transformado de forma masiva la naturaleza implica que ahora tienen —tenemos— una responsabilidad hacia el planeta: como hogar de la especie humana, como hábitat para otras especies, como entidad significativa en sí misma. El debate sobre el Antropoceno acarrea, por tanto, importantes consecuencias políticas, pues la decisión acerca de cómo proceder parece una decisión colectiva que ha de ser políticamente debatida, adoptada y aplicada.

No será fácil. El consenso científico sobre la alteración antropogénica del sistema terrestre no tiene por qué traducirse en uno social, y mucho menos, político. La mejor prueba de esto la proporciona la controversia política acerca del cambio climático, hipótesis que una parte estimable de la población considera infundada por razones de alineamiento ideológico: mientras los progresistas han promovido o aceptado la causa del cambio climático, los conservadores han tendido a rechazarla. Incluso el sector culto de tendencia conservadora propende a hacer una lectura política de la ciencia climática. Sin duda, los excesos proféticos del medioambientalismo ayudan a explicar este escepticismo: el colapso ecológico ha sido anunciado demasiadas veces y no es ya creíble. Algo parecido puede decirse de las recomendaciones formuladas por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés), obligado a comunicar sus hallazgos de manera apocalíptica para obtener la atención de gobiernos y ciudadanos. Sin embargo, es preciso diferenciar entre ciencia del clima y política del clima: entre aquellos hechos susceptibles de ser comprobados empíricamente y las conclusiones que puedan extraerse de ellos. En ese sentido, no hay ninguna razón para dudar de que existe un cambio climático cuya causa es principalmente antropogénica: el acuerdo de la comunidad científica al respecto resulta casi unánime. El núcleo esencial de la ciencia climática

debe, por tanto, ser aceptado sin reservas por todos aquellos ciudadanos que, en otras esferas de su vida, acepten la autoridad epistemológica de la ciencia moderna; el resto, en cambio, está abierto a discusión.

A fin de cuentas, si tuviéramos la *absoluta* certeza de que el cambio climático es de origen antropogénico, la *absoluta* certeza de que, si no tomamos medidas radicales, la especie no sobrevivirá, así como la *absoluta* certeza de que las medidas en cuestión serían eficaces, ¿alguien duda de que las adoptaríamos? De ahí que tal vez sea más razonable distinguir entre diferentes grados de certidumbre —o de incertidumbre— a la hora de tomar decisiones de política pública. Así, poseemos un alto grado de certidumbre acerca del calentamiento en sí mismo, esto es, del aumento gradual de las temperaturas durante el último siglo. Y, aunque es más fácil identificar una tendencia empíricamente constatable que establecer una relación de causalidad, todo indica que la actividad humana ha contribuido de forma significativa a ese incremento, sin que pueda descartarse del todo una evolución climática de largo recorrido sin intervención humana. Mucho más difícil parece predecir el desarrollo futuro de esta tendencia, ya que los factores que deben considerarse son tantos y tan variados como abundantes sus combinaciones: demografía mundial, desarrollo tecnológico, política energética, hábitos alimentarios. De ahí que se diseñen diferentes *escenarios*, cada uno de los cuales proporciona la imagen de un futuro posible mediante una simulación informática que procesa los datos hoy disponibles.[8] Sobre esa base hemos de adoptar decisiones *políticas* informadas por la *ciencia*, no convertir las recomendaciones científicas en decisiones políticas. Se trata de un equilibrio delicado que no puede inclinarse —a la espera de noticias más tajantes— ni hacia el escepticismo, ni hacia el dogmatismo.

Si tenemos pruebas más o menos concluyentes de que las temperaturas aumentan, aunque no podamos saber exactamente qué evolución van a experimentar en el futuro, y existe *alguna* posibilidad de que el hombre sea un